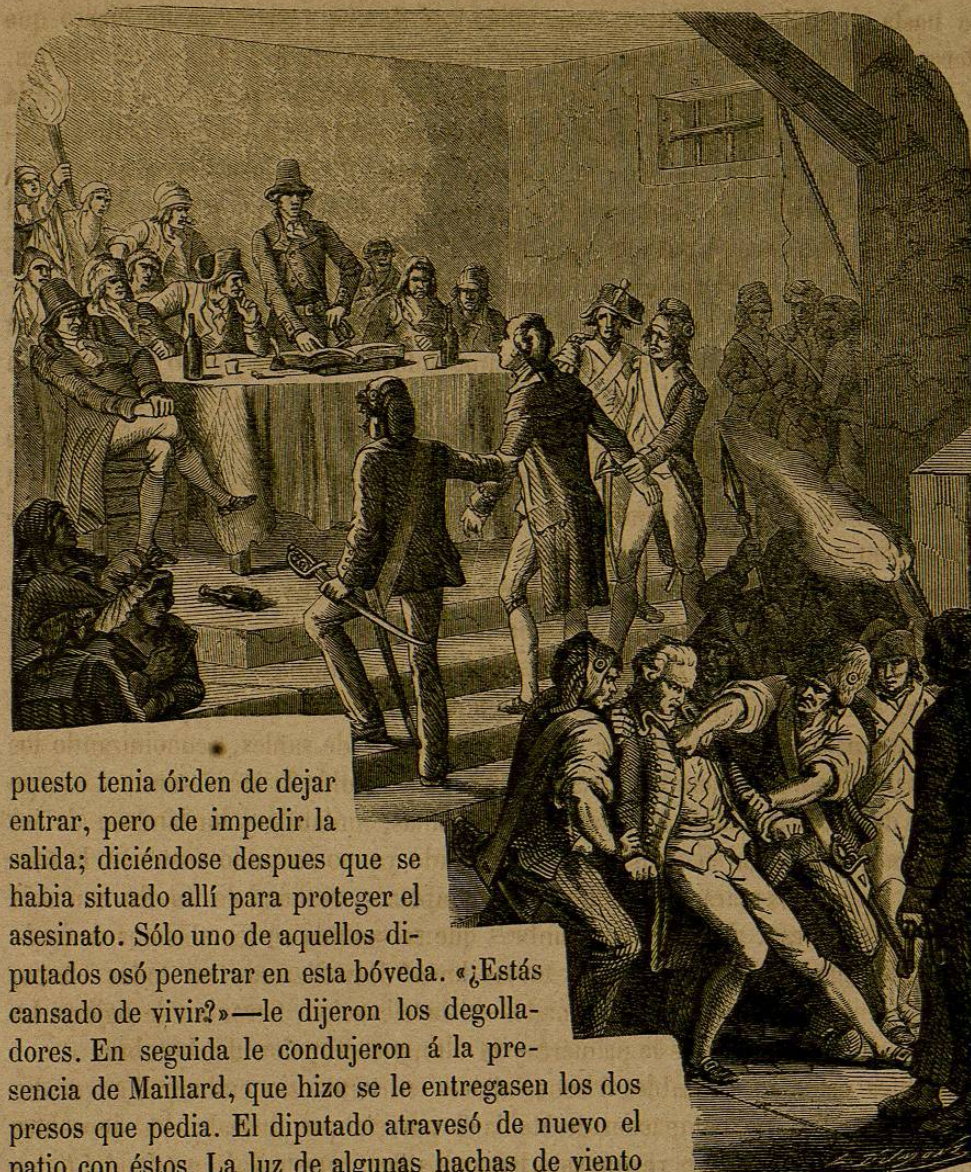


sacristía de la capilla, se deslizó de la cama, subiéndose por el cañon de la chimenea hasta el tejado del edificio, suspendiéndose de una fuerte reja de hierro que interceptaba la chimenea. Desde allí oyó por espacio de dos días y dos noches, sin alimentarse, el tumulto del degüello de las víctimas, esperando escapar á la muerte por su paciencia; empero el registro denunció la falta de una víctima. Entónces se acuerdan del herido y le buscan en vano. El carcelero encargado de la capilla, práctico en los ardides de los presos, hizo tirar algunos tiros dentro del cañon de la chimenea. Una sola bala hirió á Montsabray, rompiéndole una muñeca, teniendo aún el paciente la fuerza necesaria para no dejarse caer, y suficiente valor para callarse. Iban ya á desistir, cuando un carcelero trae paja y la enciende en el hogar de la chimenea. El humo sofocó al herido y cayó sobre la paja encendida. Le llevaron á la calle mutilado, quemado, sin sentido y casi muerto, tendiéndole en un charco de sangre, y deliberaron en su presencia el género de muerte que le harían sufrir. El desgraciado jóven, vuelto en sí, permaneció cerca de un cuarto de hora sobre aquella cama de cadáveres, esperando que los degolladores encontrasen y cargasen sus armas. En fin, tuvieron compasion de este desgraciado, y le concluyeron de cinco pistoletazos en el pecho.

Ya no quedaba más que un preso en la Abadía, que era Mr. de Saint-Marc, coronel de un regimiento de caballería. Algunos asesinos convinieron entre sí el prolongar el martirio para que todos tuviesen parte en sus tormentos y en su muerte. Le hicieron pasear lentamente por delante de una fila de sables, economizando los golpes para que no muriese demasiado pronto. En seguida le atravesaron el cuerpo con una lanza, y le obligaron á andar de rodillas, imitando y burlándose de las contorsiones que hacía en estas torturas. Cuando ya no se pudo sostener, le cortaron las manos, la cara y los miembros á sablazos, acabándole en fin con seis balazos en la cabeza. ¡Hé aquí los hombres que se ocultan en los abismos de incivilizacion cubiertos con tanto lujo y tantas luces! Hay Nerones en todas clases, desde el trono hasta la cabaña, refinados en la elevacion, fieros en la bajeza. La afición á derramar sangre es la primera y la última corrupcion del hombre.

Algunos actos inexplicables ó consoladores admiran, sin embargo, en medio de estos horrores. La compasion de Maillard parecia que buscaba los inocentes con tanto cuidado como su venganza á los culpables, puesto que perdonó á todos los que le dieron el menor pretexto para salvarlos. Sea que considerase el asesinato como un deber penoso del que descansaba concediendo algun perdon, sea más bien que su orgullo se satisficiese concediendo la vida ó sentenciando á muerte, lo cierto es que prodigó lo uno y lo otro, exponiendo su propia cabeza para disputar algunas vidas á los verdugos. Estos murmuraban con frecuencia en el patio contra su parsimonia en asesinar, llamándola traicion. Muchas veces los degolladores forzaron la puerta del calabozo y amenazaron con los sables al tribunal. Algunos ciudadanos extraños á las víctimas se sacrificaron por salvar personas á quienes no conocian sino de nombre. El relojero Monnot se atrevió á reclamar al abate Sicard, y le obtuvo en nombre de las miserias del pueblo, á las que el fundador del colegio de sordo-mudos habia consagrado su vida.

Várias diputaciones de las secciones intentaron penetrar en la cárcel para reclamar algunos ciudadanos, pero fueron rechazadas. Un puesto de la guardia nacional ocupaba la bóveda que conduce desde la plaza de la Abadía al patio. Este



El tribunal de la Abadía.—Pág. 56.

puesto tenia orden de dejar entrar, pero de impedir la salida; diciéndose despues que se habia situado allí para proteger el asesinato. Sólo uno de aquellos diputados osó penetrar en esta bóveda. «¿Estás cansado de vivir?»—le dijeron los degolladores. En seguida le condujeron á la presencia de Maillard, que hizo se le entregasen los dos presos que pedia. El diputado atravesó de nuevo el patio con éstos. La luz de algunas hachas de viento alumbraba las pilas de cadáveres y los charcos de sangre; los degolladores estaban sentados en estos restos como los segadores en las gavillas, y descansaban, fumaban, comian y bebían tranquilamente. «¿Quieres ver un corazon de aristócrata?»—le dijeron estos carniceros de hombres.—¡Aquí lo tienes, míralo!» Al decir esto, uno de ellos abre el cuerpo de un cadáver aún caliente, arranca el corazon, exprime la sangre en un vaso de vidrio, y se la bebe á la vista de Brisson. En seguida le presenta el vaso, y le fuerza á mojar en él sus labios, no dando paso á los presos sino á este precio. Los asesinos dejaron muchas veces su sangrienta obra para lavarse los piés y las manos, y para acompañar á sus casas á las personas absueltas por el tribunal. Estos hombres rehusaron cuantas gratificaciones se les ofrecieron. «La nacion—decian—nos paga para matar, pero no para salvar.» Despues de haber entregado un padre á su hija y un hijo á su madre, enjugaban las lágrimas del enternecimiento para ir á degollar de nuevo. Jamás hubo mortandad que como ésta tuviese

todas las apariencias de una tarea encargada. El asesinato fué en estos días un oficio más en París.

VI

Entre tanto que los carros destinados por el comité de vigilancia conducían los cadáveres y la sangre coagulada que había en el patio de la Abadía, treinta degolladores acechaban desde el amanecer las puertas de los Carmelitas de la calle de Vaugirard, esperando la señal. La cárcel de los Carmelitas era el antiguo convento de aquéllos, inmenso edificio lleno de claustros, con una buena iglesia y rodeado de patios, jardines y terrenos sin uso. Se le había convertido en cárcel para los sacerdotes condenados á la deportación; la gendarmería y la guardia nacional le custodiaban. Los puestos se habían disminuido exprofeso desde por la mañana. Los asesinos forzaron las puertas hácia las seis de la tarde, y las cerraron en cuanto estuvieron dentro. Los que principiaron la mortandad no pertenecían al pueblo ni por su traje, ni por su lenguaje, ni por sus armas. Todos eran jóvenes bien vestidos y armados de pistolas y escopetas de caza. Cerat, joven seide de Marat y de Danton, marchaba á su cabeza. Reconociánsese en estos grupos algunas caras que habitualmente se veían en las tribunas del club de los Franciscanos. Pretores de aquellos agitadores, se les llamaba, por alusión al convento en que tenían sus sesiones, los hermanos rojos de Danton; llevaban gorro, corbata, chaleco y faja encarnados, símbolo significativo para acostumar la vista y las ideas al color de la sangre. Los directores del degüello temían que el ascendiente que tenía el clero sobre el pueblo bajo contuviese á los degolladores ante unos asesinatos que reputaba sacrílegos. En esta atención, reclutaron en las escuelas, en los sitios de disipación y en los clubs ejecutores voluntarios *superiores* á aquellos escrúpulos, y á los cuales el aborrecimiento impulsaba al asesinato de los sacerdotes. Algunos tiros disparados en los claustros y en los jardines contra varios ancianos que se paseaban en ellos, fueron la señal del degüello. De claustro en claustro, de celda en celda, de árbol en árbol, los fugitivos caían heridos ó muertos por las balas, haciendo los asesinos rodar por las escaleras ó tirando por las ventanas los cadáveres de los que sucumbían en las descargas.

Algunas hordas repugnantes de hombres andrajosos, de mujeres y de muchachos atraídos de los barrios de la miseria por el estampido de los tiros se agrupaban á las puertas. De cuándo en cuándo se abrían éstas para que saliesen algunos carros llenos de cadáveres y tirados por magníficos caballos tomados en las caballerizas del rey. Estos carros atravesaban lentamente la multitud, dejando en pos de sí un largo reguero de sangre. Sobre estas pilas ambulantes de cadáveres iban sentados mujeres y muchachos, pateando de alegría, riendo y mostrando á los que pasaban por las calles pedazos de carne humana. La sangre corría por sus vestidos, por sus caras, y hasta por el pan que iban comiendo; sus bocas lívidas aullaban la *Marsellesa*, deshonrando de este modo el cántico del heroísmo asociándolo al asesinato. El pueblo macilento que los seguía repetía en coro el estribillo de aquella canción, y bailaba alrededor de los carros como en torno de los despojos triunfales del clero y de la aristocracia vencida. El pequeño número de asesinos, la multitud de víctimas que era preciso sacrificar, lo inmenso del edifi-

cio, la extensión de los jardines, las paredes y los árboles que servían de asilo á los sacerdotes, que corrían despavoridos de un lado á otro para sustraerse á la muerte, detuvieron la ejecución. La proximidad de la noche iba á proteger con sus sombras á aquellos desgraciados. Los ejecutores formaron entónces un gran círculo, como se hace en los ojeos de las bestias feroces, alrededor del jardín, y fueron estrechándolo paso á paso, obligando á sablazos á todos los eclesiásticos á que entrasen en la iglesia, en donde los encerraron. Mientras se daba esta batida por fuera, un registro general por toda la casa hizo que se refugiasen á la misma iglesia los sacerdotes que se habían libertado en las primeras descargas. Los asesinos condujeron en sus propios brazos á los que estaban heridos y no podían andar. Encerradas ya en este recinto las víctimas, y llamadas una á una, fueron saliendo por una puerta pequeña que daba al jardín y conducía desde allí á la escalera principal, donde fueron sacrificadas.

El arzobispo de Arles, Dulau, el más anciano y el más venerable de todos estos mártires, los edificaba con su aspecto y los animaba con sus palabras. Los obispos de Beauvais y de Saintes, hermanos y de la casa de Larochehoucauld, más unidos aún por el corazón que por la sangre, se abrazaron, consolándose con morir juntos. Todos oraban agrupándose en el coro alrededor del altar. Los que eran llamados, recibían de sus hermanos el ósculo de paz y se les decían en seguida las preces de los agonizantes. El arzobispo de Arles fué llamado de los primeros. «¿Eres tú—le dijo un marselles—el que ha hecho correr la sangre de los patriotas de Arles?» «Yo —respondió el arzobispo— no he hecho mal á nadie en toda mi vida.» A estas palabras, el marselles le dió un sablazo en la cara, quedando el arzobispo impasible y en pié; en seguida le dieron otro con el cual llenaron los ojos de sangre, y al tercero cayó, sosteniéndose todavía con la mano izquierda sin proferir un gemido. El marselles le hirió entónces con su pica, rompiéndose el asta por la violencia del golpe, y pisoteó el cadáver, arrancándole acto continuo el pectoral, que mostró como un trofeo á sus compañeros.

El obispo de Beauvais estuvo abrazado al altar hasta el último momento; después marchó hácia la puerta con tanta calma y majestad como si estuviese en las santas ceremonias. Los demás sacerdotes le siguieron hasta el umbral, en donde los bendijo. El confesor del rey, Hebert, superior de los Eudistas, y uno de los que consolaron á Luis XVI en la noche del 10 de Agosto, fué inmolado en seguida. A cada instante se diezmaba á los que se habían acogido al coro, y en toda la iglesia no había ya más que algunos sacerdotes sentados ó de rodillas en las gradas del altar. Bien pronto no quedó más que uno solo.

El obispo de Saintes, á quien habían roto una pierna en el jardín, estaba tendido sobre un colchón en una capilla de la iglesia. Los gendarmes de guardia le rodearon y le ocultaron á las miradas de los asesinos. Siendo más numerosos que éstos y estando mejor armados que ellos, pudieron haberle defendido; pero asistieron impasibles al asesinato, entregando al obispo de Saintes como habían hecho con los otros. «Yo no rehuso morir con mi hermano,—respondió el obispo cuando le llamaron,—pero tengo una pierna rota y no puedo sostenerme: ayudadme á andar, é iré con alegría al suplicio.» Dos de sus asesinos le sostuvieron pasándole los brazos alrededor del cuerpo, y cayó dándole las gracias. Este fué el último. Eran las ocho de la noche, y la carnicería había durado cuatro horas.